



“EE. UU. Y EUROPA ENTRARON EN UNA FASE DE ESTANCAMIENTO DURADERO”

IdZ: Acabás de publicar, junto a Dominique Lévy, *La grande bifurcation*, y previamente habías publicado *The crisis of neoliberalism*. En estos trabajos se considera que en el último siglo y medio el capitalismo atravesó cuatro grandes crisis estructurales. La última sería la del orden social neoliberal. ¿Cuáles son los rasgos que definen la crisis actual como una crisis estructural y qué la distingue de las anteriores?

Por “crisis estructural” nos referimos a episodios de turbulencia económica, tales como la contracción de la producción, tasas más bajas de acumulación, olas de desempleo, perturbaciones financieras, inflación o deflación, etc. En el pasado, las crisis de este tipo duraban más o menos diez años. Durante el período que consideramos usualmente en nuestro trabajo –comenzando en el final del siglo XIX, y con particular énfasis en Estados Unidos– distinguimos cuatro crisis estructurales: la crisis

de la década de 1890, la Gran Depresión, la crisis de los años 1970 y la crisis de comienzos del siglo XXI (culminando en 2008). Hasta la fecha, el capitalismo siempre logró recuperarse de esas crisis, pero siempre al costo de importantes transformaciones.

Los mecanismos involucrados no siempre son los mismos. La crisis de la década de 1890 y la crisis de los años ‘70 siguieron a una declinación de la tasa de ganancia, que alcanzó niveles bajos. Bajo estas circunstancias, se observa una contracción del producto y la tasa de acumulación disminuye temporalmente. Las crisis de rentabilidad no están –típicamente– marcadas por crisis financieras. Las dos crisis ocurrieron en contextos muy diferentes, y también difieren en varios aspectos. Por ejemplo, la crisis de la década de 1890 coincidió con una crisis de la competencia. En el contexto de las políticas keynesianas, la crisis de 1970 se manifestó en sí misma en una ola de inflación acumulativa. Los mecanismos involucrados en las otras dos crisis estructurales,

la Gran Depresión y la crisis de comienzos del siglo XXI, son muy diferentes. Corresponden a las circunstancias descritas por Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*, donde las clases capitalistas son caracterizadas como aprendices de hechiceros incapaces de dominar el efecto de su propia magia “infernala”. Las clases capitalistas inician innovaciones desafiantes con el propósito de maximizar su poder y su ingreso; en cierto punto, pierden el control de la situación. Antes de 1929 y de 2008, los mecanismos financieros se desarrollaron hasta niveles sin precedentes. En los años 1920 las políticas macro eran todavía deficientes (a pesar de la creación de la Reserva Federal en 1913); con anterioridad a 2008, la Reserva Federal perdió el control del conjunto de la economía en el contexto de la globalización financiera. En el período de entreguerras, EE. UU. estaba tensionado por una profunda heterogeneidad (con los sectores avanzados de las nuevas corporaciones y un sector atrasado); previo a 2008, la economía norteamericana estaba

ensionada por considerables desequilibrios, específicamente el déficit del comercio exterior y el endeudamiento doméstico e internacional crecientes. A este segundo tipo de crisis las denominamos “crisis de hegemonía financiera” (o crisis de la hegemonía de las “finanzas”, esto es, de las fracciones más altas de las clases capitalistas y sus instituciones financieras).

Para sintetizar, la crisis actual es similar a la Gran Depresión y bastante diferente de las otras dos crisis estructurales. Una crucial diferencia con la Gran Depresión es, sin embargo, que el gobierno y el banco central reaccionaron inmediatamente y con fuerza para sostener la economía y evitar –o limitar– una crisis financiera como la que tuvo lugar en 1932. Si tales políticas no se hubieran aplicado, habría ocurrido una nueva gran depresión. El costo de este apoyo dado a la economía fue el crecimiento de la deuda pública. Una segunda diferencia importante es que, hasta la fecha, los típicos mecanismos básicos del neoliberalismo no fueron alterados, mientras que el funcionamiento de la economía había sido transformado durante el New Deal y la II Guerra Mundial. Las empresas aún son gerenciadas de acuerdo a los objetivos neoliberales, con elevadas distribuciones de dividendos a los accionistas, la recompra de sus propias acciones por parte de las corporaciones, y vertiginosas exportaciones de capital al resto del mundo. De esta forma, tanto EE. UU. como Europa están entrando en una fase de estancamiento duradero.

IdZ: Tus trabajos muestran que la tasa de ganancia desde los ‘80 tuvo una recuperación bastante débil, después de la caída en los años ‘70 durante la crisis estructural previa. Esto sería un fuerte indicador para explicar el débil crecimiento que caracterizó las últimas décadas. Sin embargo, en tu explicación de la evolución del capitalismo desde los ‘80 en adelante y de la crisis de 2008 no juega un lugar central lo ocurrido con la tasa de ganancia. ¿No es acaso la debilidad en la recuperación de la rentabilidad un elemento importante para explicar el débil crecimiento y la regresión social registrados en las últimas décadas?

Usando lo que llamamos una definición “a la Marx” de la tasa de ganancia, esto es, con una definición amplia de ganancias (total de ingresos menos salarios), y con el capital medido como el stock neto de capital fijo, no hubo un restablecimiento significativo de la tasa de ganancia después de la crisis de los años ‘70. Pero, como hemos mostrado en distintos libros (resulta notorio en el gráfico 4.1 de *The Crisis of Neoliberalism*) la diferencia es bastante grande entre esta medida de las ganancias y las ganancias retenidas por las corporaciones. Primero, una fracción considerable de las ganancias es pagada como impuestos: la tasa de ganancia después de impuestos se restableció mientras que la tasa de ganancia “a la Marx” no. Por lo tanto, el primer motivo por el cual no interpretamos la crisis actual como una crisis de rentabilidad es que al nivel de las tasas de ganancia (considerando la rentabilidad que efectivamente corresponde a las empresas) se restableció a los niveles previos (debido al aumento de las fracciones de las ganancias pagadas como intereses y dividendos, la tasa de “ganancias retenidas” finalmente disminuyó, dando lugar a tasas de acumulación tendencialmente más bajas). El segundo motivo es que los mecanismos no son los mismos. Un aspecto básico en las crisis de hegemonía financiera es la explosión de los mecanismos financieros; no hubo nada, en la crisis actual, como una ola de inflación espiralizada, etc.

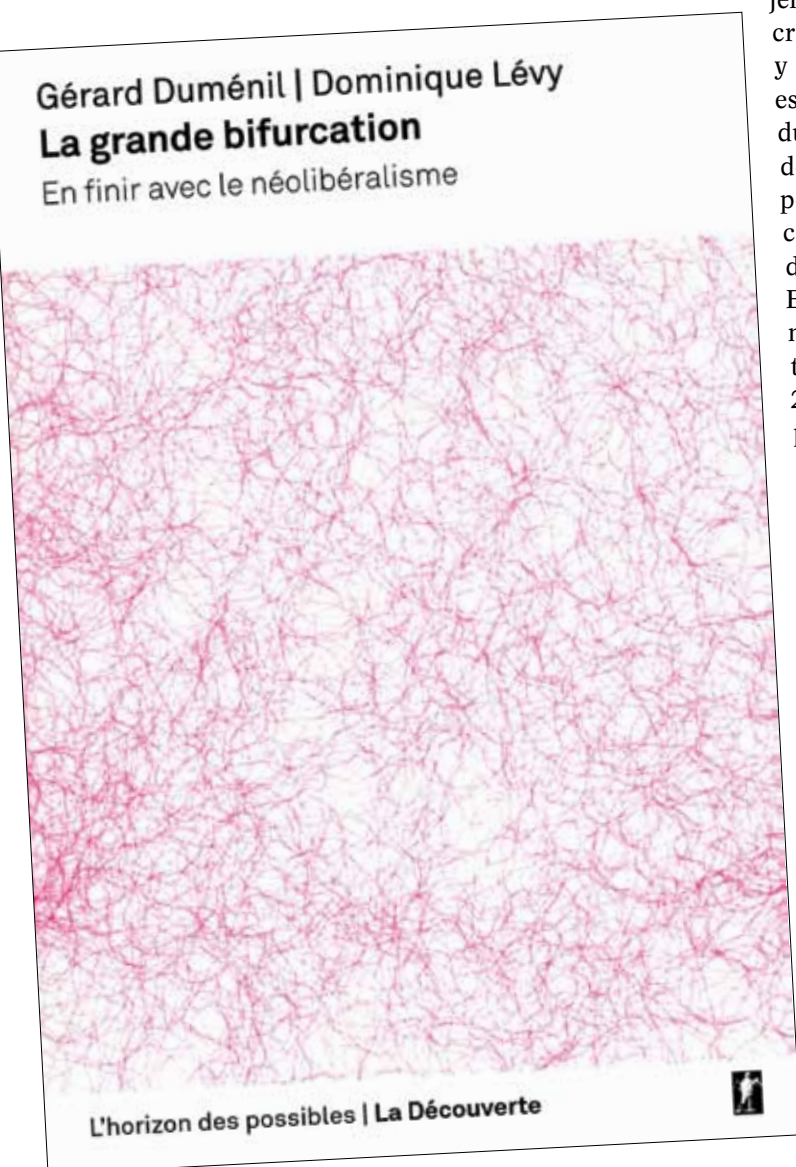
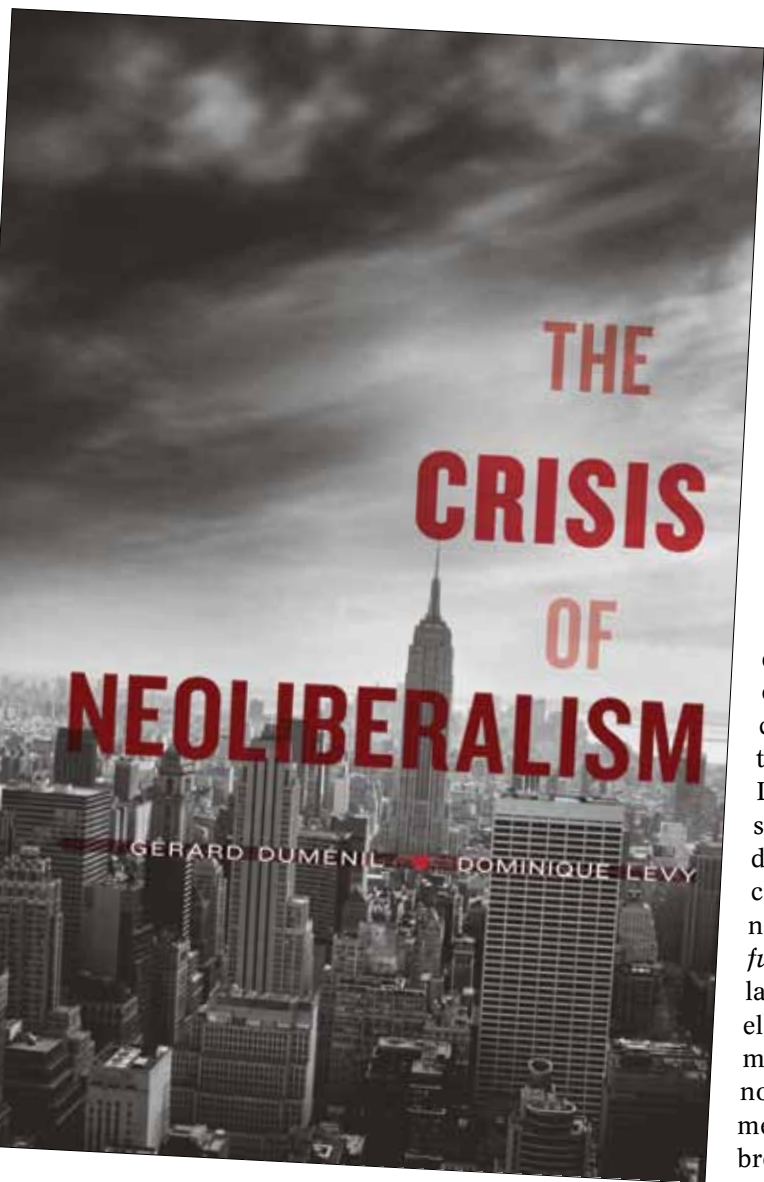
IdZ: Hacen referencia en su libro a la clase “managerial” como un estrato de clase diferenciado de los propietarios del capital y de los trabajadores asalariados en general. En este análisis resulta determinante el posicionamiento de este estrato managerial para la configuración de las relaciones de poder. Pero, ¿cuál es el fundamento para distinguir estos sectores sociales manageriales de la clase capitalista propietaria? ¿Es esperable que pueda orientarse en el sentido de un “compromiso” con los sectores populares, considerando el fuerte ascenso económico logrado por estos estratos más altos gracias a las políticas proempresarias –y progerenciales– de las últimas décadas?

Desde una perspectiva marxiana, una clase es definida por su posición *vis-à-vis* los medios

de producción. Los gerentes no son propietarios de los medios de producción. Llevan a cabo las tareas de lo que Marx llamaba las funciones del “capitalista activo”. Dados sus ingresos comparativamente altos, los gerentes podrían ser propietarios de paquetes de acciones, pero su caracterización como “managers” implica que la principal base de su posición social no es la propiedad sino el control de los medios de producción, incluyendo la fuerza de trabajo de otras fracciones de asalariados. Extendamos la categoría a altos funcionarios. En el capitalismo contemporáneo hay observaciones empíricas significativas que indican la separación de esta categoría social tanto de los dueños del capital como de otros asalariados, especialmente en lo que concierne a las tendencias de ingreso de estos grupos sociales.

Hay razones mucho más profundas para comprender la naturaleza de clase de las relaciones “manageriales”. Primero, toda la historia del movimiento de emancipación de las clases populares –desde sus comienzos durante la Revolución Francesa, y en el contexto de la emergencia de los movimientos comunista y socialista en las décadas siguientes, hasta el movimiento obrero (industrial) actual– apunta a la misma contradicción básica, concretamente la emergencia de una nueva clase, en lo que ha sido denotado como “sustitucionismo”.

La construcción del socialismo, en la URSS o en China, fracasó a causa de esta tendencia, con la emergencia de una nueva clase dominante. Este es un tópico central de *La grande bifurcation*. “Bifurcar” significa encontrar una salida de las tendencias actualmente en curso, cuyo aspecto social central es la alianza entre capitalistas y clases manageriales, para establecer un nuevo compromiso a la izquierda entre clases gerenciales y clases populares. Una segunda razón es que consideramos la estructura tripolar de clases –capitalistas, managers, clase popular– una herramienta clave en el análisis de la historia desde la revolución managerial a comienzos del siglo XX. Interpretamos estos períodos de tres o cuatro décadas entre cada crisis estructural como “órdenes sociales”, definidos por las configuraciones de poderes y alianzas dentro del entramado de estas tres clases.



IdZ: En el caso de EE. UU., algunas políticas como los QE jugaron un rol significativo, no en atacar las raíces de la crisis ni mucho menos, pero sí en estabilizar la situación y permitir un crecimiento moderado. ¿Qué posibilidades y qué límites ves para que estas políticas puedan mantenerse en el mediano o largo plazo?

Por las razones señaladas antes (la gobernanza corporativa y la globalización neoliberal), la economía norteamericana y la Unión Europea ingresaron en una fase de estancamiento duradero, con tasas declinantes de acumulación en sus territorios nacionales. No hay señales de que las reglas de funcionamiento que comandan el ingreso y la riqueza de las clases más altas (propietarios del capital y managers) vayan a desestabilizarse. La hegemonía internacional de EE. UU. se sostiene enteramente por el sistema de corporaciones transnacionales y la constelación gigante de corporaciones financieras (ver capítulo 7 de *La grande bifurcation*). Una diferencia entre EE. UU. y la UE o la zona Euro es que en el primero, el gobierno y el banco central están plenamente comprometidos en sostener la economía. El piso de la recesión se alcanzó a mediados de 2009 y, desde entonces, con breves interrupciones como producto de la acción del partido Republicano, se condujeron políticas macro muy fuertes, concretamente de gasto público deficitario y políticas monetarias innovadoras; a esto se puede agregar una política industrial también muy fuerte, incluyendo proteccionismo encubierto, y una política a favor del desarrollo de gas no convencional a los fines de disminuir drásticamente el costo de la energía. Estas políticas fueron suficientes para mantener un crecimiento más bien estable de la economía de alrededor de 2 %, en marcado contraste con Europa, al borde de la recesión. Es difícil imaginar, sin embargo, que estas políticas pudieran resolver realmente la tendencia a tasas de inversión decrecientes.

IdZ: En *The crisis of neoliberalism* plantean que será difícil que EE. UU. pueda preservar su hegemonía. ¿Cuáles son los síntomas del deterioro de su hegemonía y cuáles pueden ser sus implicancias, para la clase dominante norteamericana y las del resto del planeta?

Los síntomas de la declinación de la hegemonía norteamericana son obvios. Las tasas de crecimiento de las economías emergentes son ahora mucho más elevadas que las de los viejos centros. El liderazgo de la economía norteamericana en lo

que concierne a ciencia y tecnología, así como a capacidades militares, está todavía claramente establecido. Pero otros países están progresando rápidamente. Si no se invierten las tendencias actuales, el país va a perder gradualmente su delantera. Este factor político (internacional) podría justificar en las próximas décadas un mayor involucramiento del gobierno y un cuestionamiento de algunas de las conquistas de las clases capitalistas durante el neoliberalismo. Este “factor nacional” podría volverse crucial. La forma actual de “neoliberalismo administrado” es ya de por sí una manifestación de esta tendencia. Pero podemos esperar fuertes tensiones en las próximas décadas entre los intereses de los estratos más altos y los del país como un todo.

IdZ: A seis años de la quiebra de Lehman Brothers, ¿cómo ves hoy las economías de EE. UU., de Europa y China? ¿Cuáles son los derroteros que puede seguir esta crisis sistémica y qué respuestas podemos prever ante la misma?

En el contexto del análisis precedente, es claro que las situaciones de EE. UU. y Europa son en cierta medida diferentes. Las dos regiones del planeta tienen en común, sin embargo, la tendencia declinante de la inversión y bajas tasas de crecimiento, a lo que podemos agregar la dificultad de manejar la economía a nivel macro y el casi imposible requerimiento de frenar el crecimiento de la deuda pública. A cierta distancia de las regulaciones neoliberales y evitando el giro hacia una financierización desenfrenada, Alemania preservó los sectores industriales de su economía. En ausencia de déficit estructurales de comercio exterior y de presupuesto público, el país no necesita fuertes políticas de estímulo requeridas por otros países europeos. Así que el gobierno alemán mantiene una adhesión estricta a la ortodoxia macroeconómica y tiende a imponer su punto de vista, con duras consecuencias para otros países. Considerado globalmente, el continente permanece al borde de la recesión, y los intentos de recortar los déficits públicos se ven confrontados con los riesgos de la contracción del producto bruto. Haciendo abstracción de estas diferencias, en Europa como en EE. UU., todas las “derechas” actualmente en el poder basan sus estrategias en el mismo principio básico, que consiste en cortar el poder de compra de las clases populares y desarticular el armazón de bienestar. No habrá límites a estas presiones, a las cuales es urgente resistir. Estas son las tendencias actualmente en curso. Lo que, en nuestra opinión, debería ocurrir, es fácil de adivinar, concretamente, el establecimiento de un nuevo compromiso a la izquierda. Uno o varios países deben mostrar la dirección, llevando al poder a un gobierno genuinamente de izquierda. Si así ocurriera, un movimiento social poderoso se extendería por la mayoría de los países europeos. Los tratados europeos deberían ser entonces corregidos, en una dirección alejada de las tendencias neoliberales, y fuertes políticas promulgadas.

China está actualmente concentrada en una transición hacia el capitalismo. Este capitalismo posee, obviamente, todas las características del capitalismo contemporáneo, una forma de capitalismo “managerial”, con los dos componentes de las clases dominantes, pero no todas las características del capitalismo neoliberal. Bajo el liderazgo del Partido Comunista Chino, el país se insertó en la

red de la globalización neoliberal y, simultáneamente, mantuvo una acción muy fuerte del gobierno, a una distancia considerable de la ideología neoliberal del “*laissez faire*”. La experiencia de la crisis de 2008 ha tenido un impacto muy fuerte en la transformación de la economía y la sociedad chinas, al enfatizar los riesgos asociados con una rápida desregulación. Especialmente, el gobierno chino conserva un

control básico del crédito y los mecanismos financieros. Pero la nueva clase capitalista está emergiendo rápidamente y podría buscar una integración más plena en el sistema de relaciones capitalistas internacionales, con riesgos obvios en lo que respecta a la continuidad de la fuerte acumulación de capital en territorio chino. ●

Entrevista y traducción: Esteban Mercatante.

GÉRARD DUMÉNIL

ESTEBAN MERCATANTE

Economista, comité de redacción.

Gérard Duménil es un economista marxista, investigador del CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique) de Francia. En los años ‘80 desarrolló, en paralelo con Duncan Foley, lo que se conocería como el “nuevo enfoque” sobre la teoría de formación de los precios en Marx, que sostenía que los ataques de los ricardianos a la teoría del valor de Marx eran equivocados.

En las últimas décadas ha publicado numerosos estudios sobre el funcionamiento del capitalismo en lo que define como la “hegemonía neoliberal”, establecida como respuesta a la crisis estructural de los años ‘70. Duménil y Lévy periodizan la historia del capitalismo desde finales del siglo XIX hasta la actualidad (en particular en los EE. UU.), como una sucesión de órdenes sociales, cuyo establecimiento es explicado en cada caso como resultado de una crisis estructural del capitalismo. La crisis estructural abierta en 2008 preanunciaría el ocaso del neoliberalismo, y justificaría la apuesta por un nuevo compromiso social, “a la izquierda”, que proponen los autores, cuyo paradigma lo encuentran en el New Deal de los años ‘30 en EE. UU.

En otras oportunidades hemos intercambiado opiniones y diferencias con el autor alrededor de algunas de sus posiciones, como es el caso de la evaluación histórica del New Deal, sumamente benevolente, ya que deja de lado que esta política se dio en paralelo con la preparación de EE. UU. para la entrada en la II Guerra Mundial. Este “compromiso” creó condiciones internas para una intervención bélica en la que el Estado norteamericano apuntaba a establecer condiciones para asentar un orden planetario acorde a sus intereses. Por otro lado, aunque reconocen el peso que tuvo la presión desde abajo para que la clase dominante impulsara este “compromiso”, en toda la lectura del período que va del New Deal a la posguerra queda desdibujado el peso de la URSS, así como de las revoluciones en Europa, como elementos que constituyeron una

relación de fuerzas que obligó a realizar concesiones a la clase trabajadora en Europa y los EE.UU.

Un sector social resulta clave, en la visión de Duménil y Lévy, para explicar los giros que se produjeron en las relaciones de poder para dar lugar a los órdenes sociales que se sucedieron desde 1890 hasta la actualidad. Se trata de la llamada clase “managerial”. Esta surgió, para los autores, de la transformación del modo de producción capitalista que se produjo con la emergencia de las grandes corporaciones a fines del siglo XIX y transformó la estructura de clases del capitalismo. Se reconfiguran las clases sociales en tres grandes grupos: los propietarios capitalistas, la “clase popular” constituida por obreros y empleados con niveles de ingreso bajo, y una “clase managerial” entre ellas. El orden social se transforma, en la lectura de Duménil y Lévy, según hacia dónde se orienten los sectores manageriales. Sin duda, un dato desde finales del siglo XIX, es la expansión de estos estratos que participan en los múltiples niveles jerárquicos de las corporaciones, así como el funcionamiento vinculado a una burocracia estatal que se ha multiplicado desde la época en que Marx escribió su obra. Esto desdibujó el peso de los grandes magnates comandando en persona trusts gigantescos, y puso en primera fila a los ejércitos de administradores gerenciando corporaciones aún más monstruosas. Pero resulta más acertado leer este giro en la relación entre propiedad y control como un cambio en la fisonomía de la propia clase capitalista, entendida en el sentido de los que basan su ingreso en la propiedad y comando de los medios de producción. Los autores basan la caracterización de una tercer clase en la condición de no propietarios de los medios de producción de los estratos manageriales, y en su carácter de asalariados, aunque claramente diferenciados de las “clases populares”. Aunque sostienen que las elevadas remuneraciones de estos sectores sugieren su participación en la apropiación de la plusvalía, queda subestimada en su lectura el carácter antagónico del proceso de producción, en el cual el conjunto de los estratos “manageriales” operan como correa para asegurar

en todos los niveles el despotismo fabril (o más en general el despotismo capitalista en las unidades productivas). La función de control que los Duménil y Lévy asignan a este sector, no es otra que la de vehicular la explotación, que sostiene a la vez las remuneraciones diferenciadas de los sectores manageriales y la producción de la plusvalía que resulta distribuida bajo diferentes formas. A esto debemos agregar que en la mayoría de los casos, los sectores manageriales reciben en participación en la propiedad de las firmas. La “autonomía” que identifican en la posición de este estrato durante los años del New Deal y la inmediata posguerra, así como la “contención” de los intereses capitalistas que observan durante este período (expresada por ejemplo en el desdén por la valorización bursátil de las firmas), respondieron a la relación entre las clases señalada más arriba y no fueron una imposición realizada por un estrato autónomo contra la clase capitalista, sino una respuesta de la clase capitalista norteamericana para salvaguardar sus intereses estratégicos. Así como la derrota de los procesos revolucionarios en los ‘60 y ‘70, que devolvió la confianza a la burguesía en la fuerza de su dominio, fue la señal para lanzar una nueva ofensiva para revertir todas las concesiones otorgadas.

Los trabajos de Duménil y Lévy ofrecen una visión detallada de los mecanismos que permitieron recomponer la posición de las corporaciones –y de los estratos “manageriales”– en un contexto de recuperación casi inexistente de lo que definen como tasa de ganancia “a la Marx”, gracias a una reducción de los impuestos sobre el capital y un ataque a las condiciones de los asalariados. También profundizan en los mecanismos que permitieron orquestar esta ofensiva de clase en todo el mundo bajo la hegemonía norteamericana. Pero su énfasis en leer la crisis como la del orden social neoliberal, desdibuja el carácter sistémico de la misma y la urgencia para la clase trabajadora de apostar por una salida anticapitalista a la misma, evitando la trampa de los compromisos para garantizar la supervivencia del sistema.